

Raúl Silva Castro

## Don Enrique Molina y la revista "Atenea"



A OBRA literaria de don Enrique Molina, vertida de preferencia hacia los temas del pensamiento abstracto, se halla contenida en una serie de volúmenes. La misma forma revisten sus observaciones de viaje, en las cuales de preferencia atiende el autor a las necesidades de la educación pública de Chile, inclusive dando a conocer las instituciones y los establecimientos que le tocó estudiar en Estados Unidos y en otras naciones hasta las cuales llegó, en diversas fechas, inspirado siempre por el deseo de trasplantar a Chile lo que en éste más conviniera. Pero fuera de esa obra, ya bastante caudalosa de por sí, quedan dispersos en las páginas de "Atenea" no pocos estudios a los que algún día habrá de dar la vestidura del libro. Hay allí ensayos filosóficos y morales, capítulos algunos de obras que fueron ya entregadas al examen de los conocedores y, otros, anticipos de trabajos que el autor no alcanzó a completar. También se ven con frecuencia discursos conmemorativos que el Presidente de la Universidad de Concepción redactaba para dar cuenta de los progresos de la institución y pedir para ella la consideración de los poderes públicos. Igualmente se leen artículos sobre libros, en los que el pensador no hace tanto obra de crítico literario como de divulgador de ideas y de doctrinas, a las que

somete a escrutinio liviano en la forma pero también intencionado en el fondo.

Durante treinta años ha sido "Atenea" en cierto modo el órgano personal de expresión de don Enrique, situación a que le daba por cierto derecho el ejercer el cargo de máxima responsabilidad en la institución que la auspicia y sostiene. Pero jamás habría podido abusar de tales facilidades, ya que todos saben, siquiera por testimonios de terceros, cuánta es la tolerancia del ilustre educador y cuán efectivo su deseo de ver aflorar personalidades nuevas que vayan reemplazando en sus tareas a la generación que pasa. Desde este punto de vista se nos permitirá deponer un testimonio personal. Como representante de la dirección de "Atenea" en Santiago, más de una vez tuvimos ocasión de conversar detenidamente con el señor Molina acerca de "Atenea" y su alcance, ya en su casa de Rector del Liceo de Concepción, ya en Santiago, y sobre todo por medio de cartas que fueron muy abundantes en aquel período. El señor Molina supo a tiempo que con "Atenea" había creado para Chile el reemplazante necesario de las antiguas revistas chilenas que caracterizaron adecuadamente el ambiente espiritual del país en el siglo XIX. Semejantes órganos de información y de divulgación no existían en 1924. Muchas tentativas se habían sucedido hasta entonces, pero todas encontraron pronto las más insalvables dificultades, entre las cuales —no cabe ocultarlo— eran las de orden económico las menos susceptibles de solución. "Atenea" vino, pues, en 1924, con el respaldo económico de la corporación universitaria, a establecer una tribuna que debía ser, por definición, internacional. Hoy mismo se la encuentra, en colecciones por lo común completas, almacenada en los anaqueles de las bibliotecas de no pocas corporaciones intelectuales del extranjero, para todas las cuales constituye un archivo viviente del pensamiento literario de Chile. Y la Organización de Estados Americanos, entendiéndolo así, ha dispuesto la publicación de un índice general de "Atenea" que vio la luz en la serie oficial de las publicaciones de aquella entidad panamericana. Con esta honrosa distinción se cierra el círculo. "Atenea" pasa a ser, como sin duda alguna vez fue la as-

piración del señor Molina, la revista chilena por antonomasia, la que mejor representa el pensamiento nacional fluyente y la que da cuenta, en forma ordenada, de los principales sucesos de la vida espiritual de la nación.

Y es entonces la colaboración del propio don Enrique en la revista la que a menudo brinda a sus páginas la dimensión universitaria de que jamás podría verse desguarnecida. Allí puede verse la repercusión que en el espíritu del señor Molina han cobrado los problemas nacionales de más prolongado alcance, en meditaciones de forma serena donde no falta totalmente el rasgo íntimo. Sabía el maestro que estaba dirigiéndose a un público que le exigía definiciones precisas, visión amplia y ecuánime, oportuna admonición, juicio certero y claro, y jamás esquivó la responsabilidad de pronunciarse. Le vemos así escribir sobre los defectos de nuestro carácter, sobre el derecho de propiedad, así como sobre el problema de la educación secundaria y la psicología de los libros. En terreno confidencial, se le deben páginas de diario, recuerdos de viaje y elogios de antiguos amigos y compañeros a quienes era preciso señalar ante la consideración de las generaciones nuevas. Es resonante la polémica que hubo de sostener con el prolífico escritor argentino Leopoldo Lugones sobre la hora de la espada. Molina cree que la América del Sur en particular, así como las Américas en general, es tierra de libertad donde las instituciones jurídicas deben disponer y afinarse para que el hombre viva libre de las amenazas de la fuerza, y así lo dijo en una serie de artículos que dieron la vuelta por diversas naciones. No: para él jamás habrá de sonar la hora de la espada en estos pueblos, a pesar de lo mucho que han visto la espada sojuzgando instituciones que no la han menester. Una reserva espiritual irreductible se forja en el ánimo del maestro cuando oye proclamar con ligereza que ante el fracaso de los civiles, especialmente de los que se han unido en partidos políticos, es la espada quien debe decir la última palabra. Y esa vez fue don Enrique quien tuvo la razón contra quienes sostenían el pro de la controversia. Chile abandonó pronto el camino de la

espada y optó, como era mandato ineludible de su tradición, por la vía civil.

Otras veces el autor iba a La Serena, la ciudad natal, y allí evocaba los días de su niñez y de su juventud, en páginas que "Atenea" registra y conserva. Y recordaba a muertos ilustres, como José Ingenieros y Alcibíades Santa Cruz, que en medios diferentes habían sido vidas ejemplares de combatientes de la ciencia.

Sin ser periodista, se le ve dominado por la actualidad de los hechos culturales, a los que se inclina siempre con ánimo de proporcionar buenos modelos para la elevación del pensamiento chileno. Pero con frecuencia vuelve también a los grandes hombres del pasado para obtener de ellos alguna respuesta útil ante las responsabilidades del presente. Así le vemos escribir sobre Platón y Descartes, repetidamente sobre Guyau, y sobre Goethe y Nietzsche, esta vez como anticipación de un libro especial sobre el filósofo alemán que pronto iba a ver la luz. Y cabe insistir en la existencia de capítulos de obras futuras, que han quedado sin recoger. Estamos ciertos de que la Universidad de Concepción acometerá algún día la honrosa empresa de reunir tales fragmentos en series coherentes, con las que habrá de quedar más completa la exposición del pensamiento del señor Molina y, sobre todo, más clara y bien trabada la historia de las ideas en Chile en la primera mitad del siglo XX, es decir, durante el período que abarca la obra del pensador.

Una labor de esta índole queda totalmente dentro del campo de acción que se ha reservado la Universidad de Concepción precisamente porque es Universidad y no otra cosa, y además calza con el concepto de la gratitud que sus autoridades deben manifestar a quien por tantos años rigió la vida de la institución contra viento y marea y contra todas las asechanzas del ambiente, que más de una vez procuraron doblegarla. En esta aptitud de combatiente debe reconocerse que el señor Molina ha poseído fuerzas potenciales de notable empuje, una de las cuales, y no la menos digna de loa, es la prudencia. En nombre de la prudencia ha mantenido a la Universidad de Concepción como vigía del pensamiento científico y técnico en posición

independiente y equilibrada, acogiendo innovaciones y progresos pero resistiendo también, con discreta firmeza, la frivolidad y la inquietud.

En la revista "Atenea", por lo demás, ha prevalecido el mismo criterio, y naturalmente debido a la elevada tutela que sobre ella ejerció el señor Molina en persona mientras la salud se lo franqueaba. Más de una vez dijo que "Atenea" era una de sus más constantes preocupaciones, porque la quería siempre digna de los fueros universitarios, siempre al servicio de los grandes problemas nacionales, siempre dispuesta a combatir por la libertad del espíritu y siempre eficaz, por la oportunidad de sus publicaciones, para dar cuenta de los sucesos espirituales más sobresalientes de la nación y del mundo con el cual ésta reconoce vínculos de amistad o dependencia. Y al proporcionarle las páginas de su más reciente escrito, el discurso que acababa de pronunciar, la crítica del libro en cuya lectura había empleado las horas de su descanso, entendía llevar a la práctica algunas de las normas de su credo filosófico manifestado tanto en las obras que llevan su nombre como en la cátedra.

Pero lo que ha escrito en las páginas de esta revista parece llamado a mayor permanencia. Decíamos ya antes que "Atenea" constituye en no pocas universidades y centros culturales de primer orden de varios países extranjeros un archivo de testimonios de la vida cultural de Chile, archivo que se renueva y ensancha, que está al día y que crece. Y entonces venimos a comprender, sobre todo quienes hemos tenido el privilegio de trabajar junto a él en la dirección de esta revista, que con su ejemplo de actividad y de tesón el señor Molina ha creado dentro de la revista —como para la Universidad— una tradición de trabajo a la cual sería prueba de mal gusto que sus colaboradores y seguidores fuesen indiferentes. El periodismo noble y levantado que se ejecuta en "Atenea" y que hace de la revista en sus regulares apariciones un barómetro de la vida espiritual de la nación, reconoce su guía y su jefe en el señor Molina que es quien más asiduamente ha sabido practicarlo, a pesar de las muchas ocupaciones de la más diversa índole que parecían contribuir a restarle

tiempo y energías. Debe notarse, al paso, que mientras escribía para "Atenea" las páginas de meditación a que antes hemos aludido, ha sido Rector del liceo y Presidente de la Universidad de Concepción, Superintendente de Educación Pública y Ministro del mismo ramo, ha llevado a cabo viajes fuera del país y desempeñado comisiones de estudio e impartido clases y pronunciado conferencias. Labor que si fue capaz de rendir la carne del maestro no ha sido capaz de apagar en él la chispa de su amor al suelo que le vio nacer ni el afecto tierno por las criaturas que le cercan.

Muchas veces se ha escrito en este artículo la palabra *nación*, y debe aclararse que con ella se intenta designar el conjunto de los intereses morales y espirituales de los chilenos desde el más remoto pasado hasta el presente, sin dejar de mano lo que haya de convenir a la formación de una tradición que alimente la vida nacional en lo porvenir. La existencia de esta nación como un todo coherente no implica hegemonía de ninguna clase sobre las restantes; y el consagrarse a las tareas propias de su formación y de su enriquecimiento espiritual y material no significa olvidar los fueros de otras naciones. En este nacionalismo equilibrado y sensato con el cual no se pretende negar a nadie el derecho a su propia existencia, también influye grandemente la voz espiritual del señor Molina que sigue velando, aun desde su actual retiro, sobre todas las empresas que forman la Universidad de Concepción. Y se patentiza sobre todo en "Atenea", en donde cualquier hecho de resonancia internacional, sea cual fuere el sitio en que ocurra, ha de encontrar comentario condigno y elevado. Muchas páginas de la revista aparecen dirigidas a mejorar la vida chilena o a esclarecer puntos de su historia; pero otras también han sido dedicadas a subrayar lo que ocurre fuera de las fronteras.

En suma, vistas en perspectiva la existencia de don Enrique Molina y la carrera de "Atenea", fácil es distinguir las semejanzas, los parecidos, el aire de familia. "Atenea" ha saludado más de una vez en él a su guía y a su maestro. Hoy que está ausente de las labores

que se prosiguen en la revista, no estará de más subrayar cuánto se le debe en lo que "Atenea" ha realizado y cuánto, en fin, según es presumible, se le deberá en lo futuro, a medida que se prolongue en el tiempo la acumulación metódica de materiales de estudio que es una revista en marcha.